

y con espasmos de placer se abreva  
en tu mórbido encanto mi deseo.

El alma entonces de placer expira,  
la boca tiembla, el seno se levanta,  
tus ropas huyen... y la tierra gira  
—¡oh Venus inmortal!—bajo tu planta...

#### A UNA TÍMIDA

Si no fuera tan breve  
esta que disfrutamos vida escasa,  
rogárate que en nieve  
trocaras ese fuego que te abrasa.

Mas son los inmortales  
muy avaros del tiempo: nos lo miden  
y en partes desiguales,  
para que alcance á todos, lo dividen,

Y como nadie sabe  
 si parte larga ó corta le concierne,  
 por miedo de que acabe  
 su vida, á los placeres la discierne.

Goza, pues, sin recelo,  
 de tu verde mañana, que premiosa,  
 sin que lo estorbe el cielo,  
 vendrá después la muerte sigilosa.

Tus ímpetus no acorte  
 el miedo de pasar por casquivana,  
 pues el que más te exhorte,  
 como los otros, morirá mañana.

¿Qué los plácemes valen  
 ni las censuras agrias, si los hombres,  
 aun los que sobresalen  
 viven un poco menos que sus nombres?

¿Ni cómo desconfías  
 de la bondad de Júpiter inmensa  
 si, contados tus días,  
 no puedes inferir eterna ofensa?

Por efímeros unos,  
 por inmortales otros, su dictamen  
 nunca hará que ningunos  
 amantes, por seguirlo, no se amen.

Rabie iracundo el triste  
 que sus favores disfrutar no puede:  
 tú, vive cual viviste  
 y al blando influjo de mi ruego cede.

¿Qué nos importa el necio  
 cuya envidia, rugiendo, nos amaga?  
 Su cólera desprecio:  
 prende, fulmina, y al brillar se apaga.

A los dioses no insulta  
nuestro cariño: nunca su fiereza  
con suspicacia abulta  
de los míseros hombres la flaqueza.

Con espíritu bravo  
sigue, pues, el camino de tu gloria,  
y ata, diosa, otro esclavo  
á tu fulgente carro de victoria.

Parad el vuelo, taciturnas horas,  
raudos venid, ¡oh goces no sentidos!  
¡Aún el Falerno tiñe de escarlata  
el cristal de las copas! Aún sostengo  
la jonia lira de brillante plata,  
y de la esquiva juventud ingrata  
la voladora túnica detengo.

Deshojemos los lirios. Todavía  
el canto epitalámico resuena,  
escancia Ganimedes ambrosía

y Cintia con sus brazos me encadena;  
sus párpados no entorna soñoliento  
el ávido placer; fragantes rosas  
alfombran el marmóreo pavimento,  
y hay lechos de marfil para las diosas!  
Deshojemos los lirios. Y mañana  
cuando llegue el invierno entumecido,  
en sus pálidos brazos de lesbiana,  
encuéntreme sin fuerzas y dormido!

## ÚLTIMA NECAT

¡Huyen los años como raudas naves!  
¡rápidos huyen!

Infecunda Parca  
pálida espera. La salobre Estigia  
calla dormida.

¡Voladores años!  
¡Dado me fuera detener convulso,  
horas fugaces, vuestra blanca veste!  
Pasan las dichas y temblando llegan  
mudos inviernos...

Las fragantes rosas

mustias se vuelvan, y el enhiesto cáliz  
cae de la mano. Pensativa el alba  
baja del monte. Los placeres todos.  
duermen rendidós...

En mis brazos flojos  
Cintia descansa.

¿A quién la palma de hermosura toca  
sino á ti, la gentil ninfa hechicera,  
en cuya fresca y purpurina boca  
nace el perfume y el amor espera?  
Buscan tus labios revolando leves  
las abejas del ática: tu frente  
es predilecta de las jónicas flores;  
alza, al copiarte, erótico murmullo  
el arroyuelo que á tus pies resbala,  
y de tu voz el celestial arrullo  
al canto de las Piérides iguala.

De Apolo Smínteo las veloces flechas  
puso el amor en tus serenos ojos;  
atan las gracias tu virgínea zona,  
nunca por mano de mortal tocada,  
y Venus rubia envidia la corona  
por tus trenzas negrísimas formada.

¡A ti la palma, á ti la copa de ónix  
y el Eros de marfil; á ti las vides!  
¡A ti de Sycos las balantes greyes  
y del Tirreno abismo los corales!  
¡A ti mi corazón! oh joven reina  
amada de los dioses inmortales!  
¿Reina no eres? Tu celeste encanto  
al propio olimpo su poder extiende,  
y de tus hombros torneados prende  
un invisible y majestuoso manto!

¡Oh de la dicha casta iniciadoral  
¡aquí en mi corazón tu sien reclinal  
¡Oh numen del amor, joven divina,  
no partas en el carro de la Auroral

#### Á UN TRISTE

¿Por qué de amor la barca voladora  
con ágil mano detener no quieres,  
y esquivo menosprecias los placeres  
de Venus, la impasible vencedora?

A no volver los años juveniles  
huyen, como saetas disparadas  
por mano de invisible Sagitario;  
triste vejez, como ladrón nocturno,  
sorpréndenos sin guarda ni defensa,  
y con la extremidad de su arma inmensa,  
la copa del placer vuelca Saturno.

¡Aprovecha el minuto y el instante!  
 Hoy te ofrece rendida la hermosura  
 de sus hechizos el gentil tesoro,  
 y llamándote ufana en la espesura,  
 suelta Pomona sus cabellos de oro.

En la popa del barco empavesado  
 que navega veloz rumbo á Citeres,  
 de los amigos el clamor te nombra,  
 mientras, tendidas en la egipcia alfombra,  
 sus crótalos agitan las mujeres.

Deja, por fin, la solitaria playa,  
 y coronado de fragantes flores  
 descansa en la barquilla de las diosas!  
 ¿Qué importa lo fugaz de los amores?  
 ¡También expiran jóvenes las rosas!

#### A UNA ARTISTA

En vano busco la gentil guirnalda  
 que á mi frente ciñeron los Amores.  
 ¡El tiempo la agostó! Mas, á tenerla,  
 súbito de mis manos la arrancara  
 é hincando la rodilla temblorosa  
 las flores de Corinto deshojara  
 en tu ancha copa de marfil ¡oh, diosa!

¡Oh, predilecta del divino Orfeo!  
 ¡Oh, reina de las brisas que susurran  
 en los délficos huertos! Para oírte

interrumpen los dioses sus banquetes,  
calla suspenso el apolíneo coro,  
y tu canto nupcial en lira de oro  
acompaña el gallardo Musagetes!

¿Quién á tu voz resiste, si encadenas  
con vínculos de amor el albedrío?  
¡Ulises para oír á las sirenas  
atábase en el mástil del navío.

#### A LYDIA

Lydia, de tus encantos juveniles  
huyen los cautos. La ciprina diosa,  
maestra en amansar las voluntades,  
en sus rodillas te alecciona astuta:  
miras, y vences; hablas, y fascinas;  
encubres tus intentos con cautela  
y cuando al bosque, Lydia, te encaminas,  
Eros, en torno de tus hombros, vuela.

Mas no permitan los prudentes dioses,  
guardianes de mi suerte, que deponga

las armas en tu altar, porque tu ahinco  
es hacer tributario mi deseo,  
rendir mi voluntad, y ya logrado,  
huir mis brazos en ligero brinco  
dejándome convulso y desarmado.

Lydia: porque ciñeran mi garganta  
tus brazos tan flexibles como llenos;  
y por sentir con labios y mejillas  
el ondular de tus calientes senos;  
por estrecharte en la musgosa alfombra,  
diera todo mi ser; pero contigo  
marcha la astucia, como tetra sombra...  
Lydia, divina Lydia, no te sigo.

LIGERA APRECIACION  
SOBRE GUTIÉRREZ NÁJERA